

Por el Cdor.

# Oscar Pelufo

ANECDOTAS

**H**ablar de Pando no es simplemente recordar un lugar: es volver a caminar por mi propia vida. Cada esquina guarda un nombre, cada club una parte de lo que fui.

Mi niñez y mi juventud estuvieron marcadas por dos territorios: el deporte y la vida social. En lo deportivo, el básquetbol en el Club Pando y la figura inolvidable de “Don Carlos Borreani”. En lo social, el entrañable Club Solís.

El Club Pando no estaba donde hoy lo vemos. Estaba en la calle General Artigas, casi Iturria, frente al cine Artigas. Hoy paso por allí y todavía puedo señalar con precisión dónde estaba la cancha y aquellas piezas humildes que oficiaban de vestuarios. La cancha era de tosca. Polvo, esfuerzo y sueños. Muchas veces ayudé a “Don Carlos” a mantenerla húmeda o a pisonearla antes de un partido. Sin saberlo, también estaba aprendiendo algo más que básquetbol: estaba aprendiendo disciplina, compromiso, pertenencia.

Practicábamos casi todos los días. Y hubo un tiempo –hermoso e inolvidable– en que nadie podía ganarnos. Pando tenía otros cuadros, y la rivalidad fue creciendo tanto que llegó a formarse la “Liga de Básquetbol de Pando”. Estaban el Club Urupan, Estudiantes y otros más. Para nosotros no eran simples partidos: eran acontecimientos.



“Don Carlos” fue un adelantado. Nosotros no lo sabíamos entonces. Años después viajamos a Montevideo para ver a unos basquetbolistas estadounidenses que daban exhibiciones: los famosos “Globetrotters”. Recuerdo la sorpresa al ver que hacían la jugada llamada “trenza”, la misma que nosotros ya practicábamos en aquella cancha de tosca bajo la mirada exigente y visionaria de nuestro entrenador. Sonreí por dentro: en Pando también se hacía básquetbol moderno.

Pero no todo era deporte. Los jóvenes de mi época vivíamos intensamente la vida social. El billar, el “Tute”, los cafés en cada esquina. Los clubes no eran solo edificios: eran identidades. Había familias enteras ligadas a un club u otro, y las rivalidades eran casi hereditarias. En mi caso, el Club Solís fue mi segunda casa. Y de algún modo, sigue siéndolo.

Si en el liceo teníamos una hora libre, el destino era inevitable: el club. De adulto, después de almorzar y antes de volver a la oficina, otra vez el club. Y por la noche, también. Éramos parecidos todos los pandenses, aunque cada uno defendiera su café, su esquina, su mesa de billar.

La vida social en aquel Pando era tan rica, tan intensa, tan llena de voces y de historias, que resulta imposible encerrarla en una sola anécdota. Porque Pando no fue solo el escenario de mi juventud: fue mi latido. Gracias por invitarme.